

del *Movimiento Agrarista Gallego*, así como Maximiliano Arboleya, partidario de un sindicalismo de ideario cristiano pero no confesional.

Quizá uno de los elementos más interesantes de esta obra es que aporta cincuenta biografías sobre muchos protagonistas históricos de los que apenas sabíamos, y que pueden servir de punto de partida para posteriores investigaciones. En todo caso, Daniel Arasa nos transmite sus vidas con un estilo ameno y con un claro intento de objetividad, en la intención de rescatar del olvido, o simplemente dar a conocer, a aquellos hombres que en muchos casos murieron dando testimonio de su fe y, por tanto, dotando de pleno sentido a la palabra «mártir» cuando nos queramos referir a ellos: mártires porque, sí, perdieron sus vidas por dar testimonio público de su fe en Cristo.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

CANO, LUIS, «Reinaré en España». *La mentalidad católica a la llegada de la Segunda República* (Ediciones Encuentro, Madrid 2009), 365p., ISBN: 978-84-7490-952-4.

No abundan mucho los estudios sobre religiosidad, y ciertamente, si lo pensamos con detenimiento, probablemente sea uno de los temas más importantes del primer tercio del siglo xx. Porque debemos explicarnos cuál era la mentalidad predominante entre la población española en lo referente a la cuestión religiosa a la hora de cuestionar años de tantas tensiones como las que hubo en los años que precedieron a la persecución religiosa de 1936-39. Es por eso que el libro que pasamos a abordar debe ser visto como algo no solamente novedoso, sino incluso necesario. Porque lo que en la contraportada del libro se denomina «mentalidad de la gente corriente», así como los elementos y símbolos que configuraban tal mentalidad (por ejemplo, la devoción a Cristo Rey y vinculada a ella la del Corazón de Jesús) es lo que probablemente se tuvo muy poco en cuenta en medio de tanta lucha religiosa. En todo caso, el autor (Luis Cano) nos proporciona una visión muy personal sobre lo que él considera que era la mentalidad religiosa en el momento del advenimiento de la II República.

Así, este historiador recuerda que con frecuencia se asocia el tema de *Cristo Rey* a una suerte de catolicismo de derechas, o a un cristianismo combativo y triunfalista (de *crusada*), pero lo cierto es que se trataba de un tema que gozaba de gran popularidad ya desde la década de los veinte del siglo pasado. Mas si tenemos en cuenta que fue precisamente Pío XI (1922-39) quien instauró la fiesta de *Cristo Rey* y quien consideró uno de los elementos centrales de su pontificado el tema del reinado de Cristo.

Cuando nos fijamos en las fuentes utilizadas por el autor para elaborar su investigación, observamos que los boletines diocesanos, en particular de los arzobispados (Burgos, Granada, Santiago de Compostela, Sevilla, Tarragona, etc.), ocupan un lugar central. El autor también ha trabajado con las principales publicaciones religiosas del momento (*Acta Apostolicae Sedis*, *El Mensajero del Corazón del Jesús*, *La Civiltà Cattolica*, *L'Osservatore Romano*), así como con crónicas, anuarios y textos contemporáneos. Completa la investigación una amplia y abundante bibliografía, que contribuye a dotar de mayor solidez a la monografía en su conjunto.

el consentimiento del Rey Alfonso XIII. Esta etapa, junto con el año que precedió a la proclamación de la II República, es vista por el autor como los años en que algunos soñaron con una monarquía católica. Sin embargo, los obispos, según Luis Cano, no recibieron el «primorriverismo» como una especie de «edad de oro» para la Iglesia, y de hecho nunca consideraron a Primo de Rivera como el instrumento escogido por la Divina Providencia para implantar el Sagrado Corazón en España. A juicio del autor, la jerarquía del momento no contaba con Primo de Rivera más que como elemento secundario en el objetivo de liderar una España católica, ya que ese «aura sagrada» sólo podía ostentarla la monarquía. De ahí que las referencias a un papel providencial en la regeneración de una España grande y católica se encontraran reservadas al monarca Alfonso XIII. A pesar de que los Borbones llevaban tiempo vinculados al régimen liberal, a los obispos les pesó especialmente la visita que Alfonso XIII hizo a Pío XI el 20 de noviembre de 1923, en lo que era la primera visita de un Jefe de Estado católico en los últimos cincuenta años. La visita había sido todo un éxito, produciendo especial impacto la siguiente frase pronunciada por el monarca: «si la Cruz de Cristo dejara de sombrear nuestro territorio nacional, España dejaría de ser España».

A partir de aquí, el autor examina detenidamente el proceso que llevó a Pío XI a instituir la fiesta de *Cristo Rey*, lo que viene precedido de fuertes debates teológicos. Una vez que Roma se decidió a ponerla en marcha, vino el proceso de inserción en las diferentes comunidades religiosas del continente europeo, e incluso mundiales, como, por ejemplo, la que tuvo lugar en México.

Pero, ¿cómo fue recibido en España el movimiento a favor de la fiesta de *Cristo Rey*? Pues, en líneas generales, con bastante aceptación y, sobre todo, mucha implicación por parte de las principales autoridades diocesanas. Así, debe considerarse fecha clave el año 1926, pues fue cuando, con motivo de la celebración del Congreso Eucarístico de Toledo, se llevó a cabo la primera gran celebración de *Cristo Rey*. Tras ello, se abriría una etapa de cinco años (1926-31) marcada por la asimilación y por los intentos de implantación en nuestro país del culto y la devoción a *Cristo Rey*. Desde esa perspectiva, Cano destaca la figura del Cardenal Segura (precisamente el mismo que protagonizaría el recordatorio que llevaría a la célebre «quema de conventos» de mayo de 1931), afirmando que es autor de un importante magisterio y que otorgó especial importancia a esta devoción (ello explica que el autor le dedique un amplio apartado). Mientras, el Cardenal Vidal i Barraquer, otra de las figuras importantes de la Iglesia española de aquellos años, se centró en subrayar algunos aspectos, como fue la relación entre el reinado de Cristo y las misiones, y la trascendencia del martirio por Cristo Rey (a la luz de los sucesos de México). Certámenes, asambleas, himnos, etc., fueron otras iniciativas cuyo objetivo era, en definitiva, la propagación del culto a *Cristo Rey*.

Todo cambiaría a partir de abril de 1931 con la proclamación de la II República y la oleada laicista que pronto se tornó en actitud fuertemente anticlerical. El Congreso Eucarístico que se iba a celebrar en octubre de 1931 en la ciudad de Valladolid se quedó en un mero proyecto. Los tiempos cambiaban, pero ello no suponía el fin definitivo de la devoción a *Cristo Rey*: tan sólo un paréntesis, recuperando su importancia con la llegada del franquismo. En ese sentido, coincidimos plenamente con el autor cuando considera que el ambiente cada vez más crispado no posibilitaba las condiciones para una «serena implantación» del reinado de paz y de amor de Cristo: al menos, en los términos que el Papa Pío XI había deseado.

Luis Cano comienza el libro con una afirmación muy clara: aunque el libro se centra en la aparición de la devoción a *Cristo Rey*, ello no puede hacerse sin tener muy en cuenta la devoción al *Sagrado Corazón*. ¿Por qué? Porque la devoción a *Cristo Rey* no es producto de la construcción de una «ideología» católica cuyo fin fuera contrarrestar las ideologías hostiles al cristianismo, sino que viene a ser una continuación (o, más bien, una ampliación de lo que es el conjunto devocionario) del gran movimiento que hubo de consagraciones al Sagrado Corazón durante los siglos xx y xx. De ahí que dedique todo un capítulo completo (el primero, precisamente) a la devoción al *Sagrado Corazón* en sus múltiples formas: el Sagrado Corazón-Rey de Margarita María Alacoque, el concepto de «reinado social», los congresos eucarísticos y el catolicismo social, el papel del Apostolado de la Oración, etc.

La segunda parte de la obra lleva por título «Del Palacio Real al Cerro de los Ángeles: las Consagraciones de España al Sagrado Corazón», y tiene por objeto precisamente la cuestión del regeneracionismo como elemento central que permitiera la salida de la crisis en la que se encontraba sumida España tras la pérdida de las últimas posesiones de ultramar (Cuba, Puerto Rico y Filipinas). A juicio del autor, el regeneracionismo no fue algo exclusivo de intelectuales como Francisco Silvela o Joaquín Costa, sino también de otros, como, por ejemplo, la propia Iglesia Católica. En ese sentido, afirma que tanto los obispos y el clero, como también muchos seglares, estimaban que la raíz del mal que afectaba a España había que buscarla en el *enfriamiento* del catolicismo, en la degeneración de las costumbres y en todo lo que, en definitiva, había traído a España la ideología del liberalismo. Así, y coincidiendo con un desarrollo de la piedad y del culto al Sagrado Corazón fuera y dentro de nuestro país, se comenzaba a difundir con cada vez mayor fervor la esperanza de que surgiría una especial ayuda divina que llevaría a una regeneración profunda de la patria en todos los terrenos. Ello explica que se rezara por la paz de la sociedad civil (no olvidemos los graves hechos acaecidos con motivo de la llamada *Semana Trágica*) y de la Iglesia en un momento de fuertes tensiones sociales. Así sería como tomarían especial fuerza celebraciones como los congresos eucarísticos nacionales (y también internacionales, como el que tuvo lugar en Madrid en el año 1911) y que fuera también durante estos años cuando se erigieran monumentos tan importantes como el del Cerro de los Ángeles (en las cercanías de la villa madrileña de Getafe), tristemente célebre por el fusilamiento al que le someterían un grupo de milicianos republicanos durante la Guerra Civil.

Para Luis Cano, en todo este proceso fue clave el papel jugado por el Papa Pío XI (a quien llama «el Papa del reinado de Cristo»), y eso explica el capítulo completo que le dedica. Dentro de la actuación general del pontífice, el autor considera particularmente importante su encíclica *Ubi arcano* (23 de diciembre de 1922), que versaba sobre «la paz de Cristo en el reino de Cristo». Según este historiador, por la temática que trataba la encíclica, *Ubi arcano* debe ser vista como una especie de «Carta Magna» (que es el nombre con el que se conoce solememente, por ejemplo, a nuestra actual Constitución) del pacifismo cristiano. Y llegaría a España en un momento en el que país necesitaba la paz más que nunca, ya que en ese momento se encontraba «atribulado» (expresión literal del autor) por el terrorismo, la inestabilidad social y la guerra de Marruecos.

Aquellos momentos de tensión en España lograron una calma aparente cuando en septiembre de 1923 el General Primo de Rivera dio un golpe de Estado que contó con

En suma, como ya hemos señalado al inicio, nos encontramos ante una obra muy interesante, bien estructurada y, sobre todo, muy novedosa, de tal manera que sería muy provechoso que se produjera una continuación sobre este tema en ulteriores investigaciones.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

O'MALLEY, JOHN W., S.J., *Historia de los papas. Desde Pedro hasta hoy* (Sal Terrae, Santander 2010), 375p., ISBN: 978-84-293-1900-2.

No resulta fácil resumir en poco menos de cuatrocientas páginas el legado de los 265 pontífices que la Iglesia ha tenido a lo largo de su Historia, pero el jesuita O'Malley se lo ha propuesto y el resultado es una obra francamente accesible para el lector. El propio autor es el primero que reconoce que su objetivo ha sido, en esencia, ofrecer una historia del papado que («...») aclarara la línea histórica básica de modo accesible para el lector medio». En ese sentido, los dos mil años de existencia que la máxima figura dentro de la Iglesia Católica tiene muestran un abanico tan variado de situaciones que desde el inicio mismo de la obra el autor había de tener muy clara la línea a seguir y, sobre todo, las prioridades que había de marcarse. Así, al considerar como gran objetivo el contar la Historia «del modo más directo posible», O'Malley ha tenido que dejar de lado muchos elementos que le hubiera gustado incluir.

La obra se estructura en torno a un prólogo, a una introducción, seis partes fundamentales, un epílogo, una lista de todos los pontífices que han estado al frente de la Iglesia y, finalmente, un índice. Así, O'Malley comienza afirmando que el papado, a pesar de ser la institución en activo más antigua del mundo occidental, se encuentra hoy «(...) tan viva como quizá nunca lo estuvo en toda su historia». Sin embargo, la plena vigencia de esta institución no debe llevar a ocultar su pasado: mientras algunos de los que han estado al frente de ella pueden ser considerados mercedores de la santidad, hay otros cuya calificación está por muy debajo de la anterior. Por otra parte, los dos mil años de existencia no han evitado una transformación del papel que éstos han desempeñado: por ejemplo, actualmente los papas nombran a los titulares de las sedes episcopales, pero no ha sido siempre así. Por ejemplo, algo tan destacado como son las encíclicas, recuerda O'Malley que es un tipo de documento que sólo ha sido escrito en los últimos ciento cincuenta años. Y qué decir de los viajes que actualmente realizan, lo que sólo ha sido posible gracias a los avances en los medios de transporte.

Frente a todo esto se sitúa el antiguo papel desempeñado por el Papa, y que consistía en tareas tan variadas como evitar la profanación de las tumbas de San Pedro y San Pablo o proteger a la ciudad de Roma y sus territorios circundantes de enemigos extranjeros. Como también ha cambiado la denominación que los propios papas se daban a sí mismos: si durante mucho tiempo se les llamaba «Sumo Pontífice», ahora la expresión más querida y reiterada (añadida personalmente por Pablo VI a la lista oficial) es la de «Siervo de los Siervos de Dios». Porque fue precisamente esta expresión la que mejor responde a la actitud de Cristo ante Pedro y los demás apóstoles cuando en la Última Cena decidió lavar sus pies y les dijo que ellos debían hacer lo mismo por los demás si querían ser discípulos suyos.